
LA ADMINISTRACION Y EL EMPLEADO

I.

LA SITUACION.

Que no se juzgue de estos renglones con la severidad del criterio científico; porque ni nos hemos propuesto en este trabajo asentar doctrinas, exponer principios ni apuntar reformas, ni es tampoco la modesta firma que aparece al pié la de un sábio, ni siquiera la de un filósofo; nos hemos señalado un camino, el de procurar en la medida de nuestras fuerzas el bien de la Administracion del Estado, que es el bien del país, y dentro de estos límites pintar su situacion, verdaderamente deplorable, olvidando que valemos poco, acordándonos sólo de aquella frase del Correggio: *Ed io anche son pittore*.

La corrupcion que afecta á todas las clases sociales de nuestra patria, y que ni siquiera es peculiar á España, sino del siglo que nos toca vivir, ha perturbado la manera de ser de cada una de ellas; ninguna representa sus fines ni se limita á la mision que la naturaleza de las cosas le impone, sino que, aspirando á más ámplios horizontes, desvirtúan los que les son propios y producen el general desequilibrio que se advierte.

El ciudadano que ha dedicado sus primeros años al aprendizaje de un oficio, se siente ávido de mayores glorias y quiere á toda costa ser industrial; el industrial, sin reparar en medios, desea llamarse negociante, y el negociante, millonario, aun ocasionando la ruina de la fortuna pública, cuyos administradores lo buscan porque lo necesitan y lo enriquecen con detrimento de los caudales de la nacion.

Los que invirtieron su juventud en llegar á las profesiones científicas, asignan al dinero el valor supremo de cuanto existe, y el abogado prostituye su toga en defensa de la iniquidad

y el engaño por unas cuantas monedas, y el médico miente con la gravedad del sábio remedios y curas en que no cree, por iguales oropeles, y el profesor intriga y rompe sus convicciones para adular la doctrina oficial, y los sacerdotes predicán la paz y son instrumentos de guerra, y los políticos perjuran y reniegan de sus ideas por un pedazo de pan ó un boton de ciertos colores en el ojal de sus levitas.

Y las altas clases, nuestras aristocracias, la del talento, la de la sangre, la del dinero, ¿á dónde van? A la decadencia, á la ruina y al agiotaje.

¿Qué han de ser en este caos, que asusta á los tímidos, á los inocentes, á los justos (que tambien los hay), que compromete á los esforzados y animosos en lucha titánica con lo desconocido, ¿qué han de ser la Administracion y el empleado?

Vivimos en el apogeo de la discusion y de la duda. Rotos los antiguos ideales por la ciencia, aún no hemos llegado á construir los nuevos, que han de reemplazarles; apenas si los presienten aquellos pocos que consumen las fuerzas de su espíritu en el estudio de los problemas del porvenir.

Dejemos á estos el cuidado de dar la solucion. El hecho es que la lucha divide á la mayoría de las gentes en dos clases: una que cierra los ojos y se apegá á la tradicion; otra que los abre desmesuradamente, perdiendo el objetivo; y estas dos categorías se encuentran en toda sociedad, y por ende en nuestra España y de su Administracion.

Hay, entre los individuos que pertenecen á esta clase social, los dos elementos: el de los viejos, sano de corazon, rutinario, celoso en el cumplimiento de su deber; y otro elemento jóven y mozo, despreocupado, negligente y ambicioso de posicion.

El uno responde á lo que fué la Administracion pública á principios del siglo y hasta su promedio: todo órden, mezquinidad y concertada ignorancia; todo fórmula cancilleresca, papaleo y estancamiento; todo moralidad, escrupulosa observancia de la ley escrita, y resistencia pasiva á las reformas. El otro responde á su vez á las aspiraciones de las capas sociales en que está engendrado: todo confusion, derroche y pujos de principios modernos; todo irregularidad, imprevision é innovaciones; todo laxitud de conciencia, barullo y desarreglo.

No desesperemos, sin embargo: en medio de esta desecha borrasca no se ha ocultado un momento el iris de paz y tranquilidad. Todavía nos quedan restos de lo bueno de aquella antigua organizacion, modelos de que aprender, y han nacido de la generacion administrativa presente, acá y allá, algunos puntos luminosos que nos marcan el derrotero. Una vez más se ha cumplido la ley general: la tradicion y el progreso se dan la mano, constituyendo el núcleo sobre que ha de recomponerse la Administracion.

En esta, como en todas las esferas de la sociedad, como en la vida de la humanidad misma, se combinan necesariamente esos dos factores.

Esos pocos funcionarios que nos sirven de ejemplo, huyen de las exageraciones de los dos extremos, saben distinguir y distinguen. Distingamos nosotros con ellos. La tradicion no es la rutina y aplicacion de las ideas de una época á todos los tiempos y en todas las circunstancias, ni el progreso consiste en romper por completo y en absoluto con los pensamientos y las costumbres de antes, en nombre de la conveniencia y de la justicia.

Hay algo que es permanente, que no cambia ni se altera; algo esencial en que no cabe novedad nunca; y, por el contrario, existe la variedad en las leyes del momento, que se modifican de dia en dia hasta lo infinito, por razon de los adelantos, de las necesidades que de ellos se derivan; leyes para la realizacion de fines otras veces ignorados, conocidos despues, y cuyo cumplimiento es inexcusable.

Apoyémonos en la razon, ya que «por medio de ella descubrimos las reglas de justicia que deben regir nuestras acciones.» (1) Seamos, pues, razonables y justos: razonables para emprender las reformas con ánimo sereno, en todo aquello, servicio ó personal, que constituye el fondo de la Administracion; seamos justos, inexorablemente justos, en la realizacion de este propósito sano y honrado.

Hoy esto solo es aspiracion de unos cuantos, por desgracia, *utopia*. En la Administracion contemporánea puede más la tendencia á perpetuar las preocupaciones añejas, que el deseo

(1) Smith, *Theorie des sentiments moreaux*, t. II, p. 276.

de las innovaciones. Se menosprecia aquella célebre frase de Duclós: «Ni un solo paso se hubiera dado hácia la verdad si las autoridades prevalecieran.» Y así vemos que el concepto de un Estado absorbente, abusivo, arbitrario, predomina, exigiendo obligaciones superiores á las que naturalmente debe el particular, á cambio de una ilusoria proteccion del poder.

Siempre que la Administracion tiene que pedir el cumplimiento de un compromiso, estrecha, mortifica y arruina al deudor; discutiendo, excusando y faltando en ocasiones á los que ella por su parte contrajo.

Todas son pequeñas garantías en el segundo caso, sobra de formalidades en el primero.

La tradicion puede y entra por mucho en este modo de considerar las cosas; las autoridades administrativas que establecieron cierta jurisprudencia, parecen dignas de tal respeto, que se estima verdadera profanacion ostentar en aquellos puntos criterio distinto; los años pasan inútilmente, y las pragmáticas de siglos anteriores, ó los decretos y órdenes de principios del actual, continúan reputándose como el *summum jus*: no se escoge tal idea ni tal principio de justicia, inalterable siempre y siempre oportuno; es el cuerpo de doctrina completo, con sus errores, anacronismos é iniquidades; romper la tradicion, ¡qué escándalo! reformar lo existente, ¡locura insigne! Se han dictado y diariamente dictan nuevas disposiciones, especialmente cuando un egoista interés reclama la resolucion; pero así como en lo antiguo y dictatorial se pone un celo, un entusiasmo digno de mejor causa, todo lo que la Administracion ha innovado, bueno ó malo, se mira con horror y se cumple á medias.

Nuestros antecesores eran más sábios, por ser más viejos; nosotros, que hemos nacido más tarde, en tiempos más adelantados indudablemente, valemos ménos.

Y esta copia servil, esta rutina se llama sana tradicion, y el intento de purgar la Administracion de errores, hoy indisculpables, aventura peligrosa y radicalismo. ¡Pobre progreso!

¿Hay Administracion posible en estas condiciones, que son las usuales y ordinarias?

¿No trasciende á las restantes esferas el desconcierto en la gestion de la fortuna, de los intereses del país?

Pues qué, cuando á un pueblo se le priva por malicia, indiferencia ó desconocimiento de la ley, de un derecho sagrado, de sus recursos más importantes, ó se grava su presupuesto de una manera inmoderada, ¿no hay daño y perjuicio para todos? Y cuando se niega á los particulares, que litigan con la Administracion la satisfaccion de los agravios, que frecuentemente y por las razones apuntadas, les imprime, ¿no siente el mal, á la par que el ciudadano, la sociedad entera?

¿Y ha de haber buena Administracion en un país que, por desdicha, no se preocupa en sério de las circunstancias que ha de ostentar el empleado?

Así como el elector que lleva con su sufragio á la alcaldía de su ayuntamiento á un hombre sin las condiciones que el cargo requiere, no tiene razon si despues se queja de su gestion en el puesto, ni de la conducta del diputado que por sus votos va á la representacion en Córtes, si no satisface sus aspiraciones, tampoco hay derecho para pedir rectitud é ilustracion á quien no se le examina cuando se le nombra, ni se le castiga cuando delinque.

- Verdad es que no cabe exigir aptitudes ni estudio previo cuando no se dan garantías de estabilidad ni de merecida recompensa.

Seria peregrino reclamar un título académico y una oposicion pública al que pretendiera ingresar en los puestos de la Administracion, para separarle despues sin trámite ni figura de juicio y por una arbitrariedad, de los cargos conquistados por derecho propio.

En 1869, al tratar de las *Bases para una ley de empleados*, que vieron la luz pública en aquella ilustrada revista que con el nombre de *La Hacienda* dirigia nuestro respetable amigo el Sr. D. Pio A. Carrasco, deciamos: «Este mal (la perturbacion administrativa) reconoce principalmente por causa el falseamiento de la política, la *influencia moral* como medio de gobernar, y el uso y aun abuso del presupuesto como recompensa del agente auxiliar del delito.»

Y que las elecciones, en general, son hoy el origen del favoritismo en los destinos públicos, no hay para qué esforzarse en demostrarlo.

El cacique de la aldea tiene un hijo listo que no quiere dedi-

car á las faenas del campo, porque ambiciona cierto renombre que no da el pequeño cultivo, y tambien porque teme que el hijo no le servirá despues de inficionado con los discursos y periódicos que oye y lee todos los dias, 'halagando las pasiones fáciles de enardecer en la juventud, aun en la de más sano corazon y santa conciencia. El orador y el periodista, que tampoco están casi nunca en el lugar que su profesion les demanda, no le dicen que la agricultura es oficio de tanta honra y de más provecho á veces que algunos que le deslumbran y desvanecen.

Es el empleado en otras ocasiones engendro del mismo diputado, que, como ha de venir á la capital, sueña en dar carrera á sus hijos á costa de las rentas públicas; otras es el aristócrata pobre que busca un alivio á su desgracia con el modesto sueldo que se proporciona; otras el carácter indolente que sabe no se pide gran amor al trabajo ni responsabilidad alguna, en tanto haya protectores que favorezcan. ¡Qué pocas veces entra hoy en los puestos de la Administracion quien se dedique seriamente y con cualidades á esa mision que se le confia!

Y, sin embargo, ¿hay nada más noble ni más grato, al que estima su deber como regla universal de conducta, hay nada más noble que distribuir la justicia entre las personas sociales, dar á cada uno lo que es suyo, encerrando á la Administracion en su círculo propio de proteccion y amparo á los intereses del país?

Aqui todo es recíproco: ni hay Administracion sin funcionarios, ni empleados en condiciones imposibles.

Las pretensiones injustificadas de innmerecidas posiciones han nacido con la crisis y el embate de los sistemas de gobierno y de las improvisaciones que han conquistado, merced á la lucha, los audaces; y el mal, una vez entronizado en las esferas superiores, ha descendido gradualmente á las de abajo. Esto es evidente de toda evidencia.

Esos frutos que se tocan, son los frutos naturales de la semilla que se ha arrojado.

Aquel que haya puesto la mano en la siembra, ¿quién no? ha de aceptar la recoleccion mal que le pese.

Al tratar de las *Cuestiones administrativas*, en el periódico

La Propaganda, que por los años de 70 á 73 dirigió el malogrado y ardiente escritor D. José Luis Giner, de quien no decimos más por razon de los vínculos que nos unieron y la muerte desató ¡bien pronto! declarábamnos que «era preciso extirpar de raíz y para siempre consideraciones que nos hacen transigir con lo justo llevándonos á la injusticia, y buscar solucion (la tiene) para esa dificultad de un pavoroso número de funcionarios que no se sabe á punto fijo qué se harán al quedar cesantes: si irán á extender aun más ese otro problema de la mendicidad; si serán vagos que estimulen la actividad judicial; ociosos que embaracen la via, ó enemigos *políticos* de cuanto no sea destino ó sueldo para ellos, y amigos entusiastas de los descontentos de todos los tiempos y comuniones.» Nosotros no le tirariamos, sin embargo, la piedra; que no está en ellos el origen de tal desdicha. Se despierta insensatamente el apetito del presupuesto, para separar á poco el plato que tan sabroso parecia. Este es un juego en el que pierde siempre el pequeño y el débil; juego criminal que arruina la patria.

«Que urge organizar y mejorar la Administracion pública, no necesitamos probarlo, porque está en la conciencia de todos..... los impuestos han decrecido notablemente, los servicios marchan con desordenado paso, y de vez en cuando el diente del escándalo, siempre envenenado por la calumnia, lastima dependencias, corporaciones é individualidades, avisando al público que la venalidad se desliza por las arterias de la vida administrativa.»

«No hay, no puede haber verdadera Administracion desde el momento en que sus puertas están abiertas á toda clase de personal intrigante y á todo género de influencia interesada y bastarda.»

«La oposicion para el ingreso, el concurso y la antigüedad para el ascenso, y la falta demostrada de celo, de inteligencia, y moralidad, como única y exclusiva causa de separacion, son los tres principios cardinales á que debe ajustarse la carrera administrativa.»

Esto pedia nuestro buen amigo Sr. García del Busto, del cuerpo de letrados de Hacienda, no há muchos años; y cuenta que el Sr. García del Busto no es *reformista*, sino *tradicional*; ha combatido con nosotros, defendiendo el *criterio de los prác-*

cos y nosotros el *criterio de los teóricos*; precisamente en aquella *Hacienda* que nos admitia en sus columnas con tan benévola y cariñosa consideracion. Pues bien; esto que pedia nuestro estima amigo, esto queremos nosotros hoy más que ayer; porque hoy la defraudacion y el contrabando, la concusion y la falsedad escandalizan al país, maravillándole que sean posibles.

Bien recientes son, entre otros casos, el de cierta administracion económica donde se certificaba de pagos no hechos, dándolos como realizados; el de las fábricas de tabacos de Sevilla y del sello de Madrid; el del famoso expediente de la Direccion de Propiedades en que juega una orden ministerial concediendo cuantiosa indemnizacion á un comprador de Bienes Nacionales, y que es contraria al acuerdo de que procede; el de los marchamos y tantos otros ahora descubiertos, mucho tiempo ocultos y no castigados hasta el presente algunos de ellos, que conocemos en todos sus detalles.

Mientras la Administracion del Estado no se encierre en el absoluto r  speto de las leyes, modifique éstas para hacer ilusorio el abuso, elija con acierto y por los medios que la razon aconseja los empleados; mientras no sea el amparo de todas las fortunas, no su enemiga; la protectora de todos los intereses y empresas útiles, no su tirana    competidora; mientras no se estimule y premie los servicios distinguidos y castigue la falta del funcionario sin contemplaciones; mientras sean fáciles ciertos encumbramientos y capitales; mientras se autorice, con el ejemplo    la impunidad, el delito, será la situacion esta que lamentamos, y con nosotros todos los hombres honrados, sin distincion de opiniones.

  Hay remedio? S   que le hay, y en el próximo trabajo procuraremos señalar aquellas reformas que piden la ciencia y el sentido comun,    trueque de que se nos diga ahora «que no son admisibles para ningun gobierno, atendida la educacion política del país, por la perturbacion que seguiria    su planteamiento... por radicales y violentas...» como ya nos han dicho al ocuparse de otros estudios nuestros, amigos cari  ñosos, funcionarios excepcionales y escritores muy estimados.

  Tendr  n, despues de todo, razon ellos y no nosotros?

BERNARDO GINER.

LA EDAD MEDIA

ESTUDIO HISTÓRICO

(Conclusion.)

V.

Hémos dicho antes que, «no siendo posible la comparacion, no puede decirse con fundamento lo que hubiera sido del mundo si, efectuada la invasion de los bárbaros en las mismas condiciones en que tuvo lugar, no hubiera, sin embargo, existido el Cristianismo.» Pero el Cristianismo existia: la obra de la regeneracion de la humanidad, comenzada por Jesús y continuada por sus apóstoles y discípulos, seguia avanzando, y á través de todos los trastornos, de todas las tropelías y de todos los crímenes que mancharon desgraciadamente los siglos, cuyo estudio nos hemos propuesto hacer, si bien de una manera limitadísima, como lo son nuestros conocimientos, debia llevarse á cabo, llenando así los designios de la Providencia.

La corrupcion de las costumbres, enervando las fuerzas vitales de los pueblos, trae siempre consigo la disolucion y el aniquilamiento. Los imperios de Oriente y Occidente habian llegado por una rápida pendiente de vicios á ese estado de demoralizacion en que el capricho sustituye á la razon, la astucia á la fuerza, el soborno á la justicia, el crimen al derecho, y aquella sociedad corrompida y aniquilada necesitaba ser regenerada por otra sociedad no aniquilada ni corrompida, y que, apoyándose en una idea religiosa, la devolviera el perdido vigor.

Ahora bien; qué idea religiosa podia servir de apoyo á esta nueva sociedad que estuviera en mejores condiciones que la representada por el Cristianismo? Seguramente ninguna. La sencillez de las máximas del Evangelio, las admirables doctrinas predicadas por Jesús y sus discípulos; esa misma religion, en la que todo es paz, amor y caridad para con nuestros

semejantes; esa religion, en la que sus sacerdotes y ministros hacen voto de pobreza; en la que todo se debe hacer por los demás, nada por sí mismo, necesariamente habia de encontrar una perfecta acogida en las almas enérgicas, pero vírgenes, de aquellos hijos del Norte que desconocian el amaño, pero que, rudos é incultos, no podian habituarse fácilmente á las complicadas fórmulas de las religiones gentílicas que aún predominaban en muchos pueblos del mundo civilizado. Suponer, como lo han hecho varios historiadores, que los diez siglos que abraza la Edad Media no son otra cosa que un retroceso de la humanidad, y que en las ruinas del imperio romano, al romperse la unidad de la civilizacion, habian quedado enterrados todos los gérmenes del progreso, es suponer un absurdo incalificable.

Todas las civilizaciones de que nos da noticia la historia han tenido un fin idéntico, llegado que ha sido su período álgido, y cuando su subsistencia no era otra cosa que el estacionamiento ó el retroceso por falta de vitalidad.

Para juzgar la importancia de esas grandes convulsiones que ha sufrido la humanidad es necesario no pararse solamente en los hechos, sino investigar las causas, y sobre todo estudiar los resultados.

Sin duda alguna que, cuando con tanta prevencion se mira á la Edad Media por unos, y con tanta benevolencia por otros, es porque se juzgan solo los hechos aislados; pero la filosofia de la historia nos ha venido á demostrar que no es esa la manera de hacer justicia; que el largo período que abraza la Edad Media está muy lejos de haber sido estéril, y que durante él los designios de la Providencia continuaron cumpliéndose.

Aquella formidable revolucion operada por la invasion de los bárbaros; aquella irrupcion de pueblos semi-salvajes que, cayendo como una avalancha sobre el imperio, le rompieran en mil pedazos, ¿podia ser un hecho aislado, hijo solo de la casualidad? ¿Era dable, cabia en lo 'posible que los mil girones de la desgarrada púrpura romana volvieran á unirse, y que los rotos pedazos de su destrozado cetro pudieran soldarse? Seguramente que no.

Por lo tanto, si esto era imposible, la invasion tenia que ser un acontecimiento trascendental, y los siglos que la sucedie-

ron no podian ser *siglos nulos*, como los apellidan algunos cronistas.

Aquellos diferentes pueblos, tantos en número como varios en costumbres, en religion, en lenguas, en medios de conquista y en ambiciosas aspiraciones, rompiendo la unidad de la civilizacion romana prepararon la levadura para la vida de los pueblos libres que habian de sucederles, desenvolviendo todas aquellas diferentes autonomías. Véase ahora si puede considerarse á la Edad Media como un retroceso de la humanidad.

En la Edad Media es donde deben buscarse las causas primordiales del estado de nuestra civilizacion actual. De ella parten los sucesos que han hecho que hoy unos pueblos sean más libres y felices que otros, segun que se hayan aprovechado de la enseñanza de aquellas luchas.

Las instituciones que favorecen los derechos, lo mismo que las que los coartan, de allí proceden directamente. Los obstáculos que se oponen á las mejoras de la sociedad, lo mismo que los medios de vencerlos, de allí parten tambien: véase, por lo tanto, si es digna de estudio esa Edad Media, tan decantada por unos y mirada con tan despreciativa indiferencia por otros.

Esta sistemática indiferencia por un lado, y el encarnizamiento con que se han enumerado sus errores por otro, han perjudicado notablemente al estudio de los acontecimientos que se desarrollaron durante todo el largo período que abrazan los diez siglos que constituyen la Edad Media; pero de ambas cosas tiene la culpa la escasez de documentos que de dicha época quedaron. Las sangrientas guerras persas, la multitud de crímenes, de traiciones, secuestros, usurpaciones, asesinatos, engaños y alevosias de todo género que usaron vencidos y vencedores; las luchas religiosas á que dieron lugar las diferentes herejías que nacieron al pié mismo de la cuna del cristianismo; la rudeza de las costumbres nuevas, que excluian el estudio como una ocupacion impropia de la virilidad del hombre de guerra, causas fueron todas más que suficientes para que el cuidado de historiar los acontecimientos se descuidase más de lo conveniente, ó para que este cuidado se hiciera patrimonio exclusivo de los doctos.

Ahora bien: como los doctos, los hombres del saber, los que podian escribir la historia de sus tiempos estaban en el retiro

de los claustros, claramente se deduce que todo lo que sobre el particular dejaron hecho fuera incompleto unas veces y recargado de nimiedades otras.

La pasión, el espíritu de comunidad, la voluntad superior de un abad ó de un prelado, imprimían á estas crónicas un colorido que no era el verdadero, y de aquí la insuficiencia de tales documentos y lo errado de sus apreciaciones.

Por otra parte, hombres que por su posición especial* estaban separados del terreno en el que se verificaban los acontecimientos, no eran los más á propósito para juzgarlos; y esto puede servir de disculpa á lo erróneo de sus apreciaciones. Pero, ¿sería disculpable hoy el abandono en que se tiene el estudio de la Edad Media, cuando la historia y su filosofía han venido á difundir la luz necesaria para comprenderle? Creemos que no.

El estudio de aquellos siglos, con todos sus complicadísimos sucesos, puede y debe ser hoy una gran enseñanza para los pueblos, toda vez que, según antes hemos dicho, está plenamente probado que de aquella época parten los hilos invisibles que ligan á los sucesos de hoy los sucesos de aquel ayer, mirado hasta ahora con tan apática indiferencia.

Mucha y muy provechosa enseñanza podían y debían sacar los pueblos de la historia si ésta se estudiase á la clara luz de la razón, remontando el vuelo de la inteligencia á las causas superiores que guían la marcha de la humanidad; pues si bien no todas están al alcance de nuestra vista, existen, sin embargo, bastantes comprensibles para que la explicación sea clara y precisa.

Los hechos consumados tienen tal fuerza de lógica, que no hay sofista que se atreva á dirigirlos sus ataques. La invasión de los bárbaros determinó uno de los más grandes acontecimientos que ha presenciado el mundo. Ella y el cristianismo variaron por completo la faz del globo; las montañas se convirtieron en llanos y se elevaron los valles; se rompió la unidad material de la civilización romana para surgir de sus ruinas otras mil civilizaciones diversas; y de lo que antes era un imperio formado de esclavos y señores, de vencedores y vencidos, brotaron cien imperios y en ellos pueblos libres, y sin embargo hermanos, á pesar de la diversidad de razas, de

leyes, de lenguas y de costumbres, pero unidos por el santo lazo de la idea religiosa; y esto que fué el principio de la fraternidad universal, era obra de la admirable y regeneradora religion del Crucificado. ¿Qué extraño es, pues, que en la Edad Media la religion representara la fuerza? ¿Qué extraño que la Iglesia fuera un poder? ¿Qué extraño que en ese poder se apoyara el de los nuevos conquistadores? ¿Y qué extraño es tambien que dentro de ese poder, de esa fuerza, se cometieran abusos, se torciera el verdadero objeto, y nacieran de estas causas lamentables extravios? ¿Será esta nunca una razon para denigrar por eso, ni á la religion, ni á la Iglesia, ni á la época en que tales abusos se cometieron? ¿Podrán nunca estas nubes empañar el esplendor de las luces difundidas por esas lumbreras de la Iglesia que se llaman San Agustin, San Bernardo y Santo Tomás de Aquino?

VI.

Quizás nos hemos extendido demasiado en consideraciones abandonando el punto principal que nos habiamos propuesto estudiar, cual es la causa del por qué se ha tenido hasta hace poco tiempo tan abandonado el estudio de la Edad Media; y aunque algo hemos dicho ya, nos resta todavía mucho, pues la materia es harto rica.

Precisamente lo que más deslumbró á los cronistas que se ocuparon de la invasion fué, sin duda, el vertiginoso movimiento operado en el nuevo órden de cosas, y la maravillosa armonía que, despues de todo, resultaba en la naciente civilizacion, en donde pueblos tan diferentes marchaban hácia un mismo fin, cual era el de la libertad y el progreso.

Al ver establecidos al propio tiempo todos los géneros de propiedad, toda especie de leyes, el derecho sálico, la libre posesion, las manos muertas, el enfiteusis, el derecho romano, la libertad aristocrática del noble, la individual del sacerdote, los privilegios de las comunidades, las inmunidades de los gremios y de los conventos, la libertad representativa de los Comunes, y todas esas libertades, estos privilegios, floreciendo al lado de todas las esclavitudes posibles, la esclavitud política, la esclavitud romana, la esclavitud del terruño, la es-

clavitud del extranjero. Al ver todo esto girar en confuso torbellino ante la deslumbrada imaginacion, lo repetimos, no pudieron separar convenientemente las causas de los efectos, y solo vieron en todo ello el cáos, la confusion y por tal lo juzgaron.

VII.

Con las piedras arrancadas á los anfiteatros romanos construyó la Edad Media sus grandiosas catedrales, y la arena empapada con la sangre de tantos séres humanos sirvió de argamasa para levantar templos en los que se rindiéra culto á un Dios de paz y de amor. A las víctimas sacrificadas en los altares de los falsos dioses que se recreaban con el olor de la sangre, sucedió el sacrificio del Cordero Santo, simbolizado en el pan y en el vino, como el más propicio al verdadero Dios de las misericordias, y la religion de Jesucristo, toda paz, toda amor, toda caridad, comenzó á difundir su benéfica influencia por todo el orbe, emprendiendo sus sacerdotes la gran tarea de la regeneracion de la humanidad. Si falseados despues en parte los sanos preceptos del Evangelio la corrupcion entró en la grey de Jesucristo, no por eso deberá culparse en absoluto á los siglos que sucedieron á la antigüedad, porque las culpas aisladas de determinados individuos no deben recaer sobre las instituciones, sino sobre sus prevaricadores. Hoy que la ley del progreso ha separado tan acertadamente, en los casos de culpabilidad, al hijo honrado del padre delincuente, para que la mancha del segundo no alcance al primero, seria más injusto que nunca que al hacer el estudio de la Edad Media se la quisieran imputar á ella, á la Iglesia y á la religion, los errores de individualidades aisladas, más ó ménos poderosas, que influyeron, quizá de una manera funesta, en los acontecimientos; pero que de modo alguno estaban entrañadas en las instituciones ni podian quitarle nada á su bondad.

Deciamos que la Edad Media construyó con las piedras arrancadas á los coliseos romanos las catedrales cristianas, y aunque aquellos siglos no hubieran hecho otra cosa, ésta sola bastaria para atraerles la consideracion de la historia y colocarlos al lado de la era del progreso.

Se nos objetará que la religion cristiana tuvo tambien víctimas y sangre. Que la Inquisicion, ese tribunal terrible, parto de la Edad Media, aborto feroz del fanatismo, es una negra mancha, capaz por sí sola de oscurecer el brillo de los más altos timbres; pero una sola frase bastará para explicarlo todo: esta palabra es *fanatismo*. ¿A dónde no es capaz de conducir la ceguedad fanática? Sin embargo, por entre las sombras del más oscuro fanatismo de la Edad Media siempre se verá brillar la grandeza de la idea religiosa presidiendo á todas las gigantescas empresas del esfuerzo humano.

La idea religiosa representa en la Edad Media lo que en nuestros dias representa el progreso. Las conquistas, los descubrimientos, los inventos, las grandes concepciones del arte, del genio, de la poesia, todo obedece á un mismo móvil, á todo preside un mismo sentimiento. En el fondo de todas las cosas se halla un rayo de luz que lo ilumina; este rayo de luz es la fé. La fé hace los mártires y los héroes; con la fé vencen los obstáculos sin número que se oponen á su marcha los cruzados que siguen á Pedro el Hermitaño, y más tarde á Godofredo de Bullon y á San Luis. La fé realiza los milagros de paciencia y resignacion de los que hacen la vida cenobítica. La fé inspira á los grandes poetas, á los grandes pintores, y con ella, y escudados por la idea religiosa, vencen los guerreros á formidables enemigos, realizan grandes hechos, y preparan á la humanidad para recibir dignamente los beneficios de la civilizacion y del progreso.

Hé aquí, pues, los timbres de la Edad Media, y hé aquí tambien su plena justificacion y los derechos que tiene á ocupar en la historia un lugar tan distinguido, por lo ménos, como el de la antigüedad, toda vez que es un período que llena perfectamente el sitio que la Providencia, en sus altos designios, le tenia marcado en la marcha de los sucesos y en el desarrollo progresivo de la humanidad.

La influencia de la Edad Media en la regeneracion social es tan visible, que aun los más incrédulos no podrian negarla ni desconocerla.

Comparada la monótona existencia del enervado imperio de Oriente, que agonizaba en medio de la indolencia y el hastio producido por el desbordamiento de todas las corrupciones,

con la enérgica vitalidad que imprimen en su marcha los pueblos invasores, ya imponiendo sus sencillas costumbres á los vencidos, ya tomando de la civilizacion antigua, aqui una ley, más allá una institucion, allí una manifestacion del arte, como quien recoge al acaso las piedras de un camino para formar con ellas un precioso mosaico, se ve la lucha gigantesca entablada entre lo viejo y lo nuevo, lo gastado y lo vigoroso, las tinieblas y la luz, y que de esta lucha ha de resultar la unidad en la variedad, la libertad del pensamiento y de la conciencia, la autonomía individual; en una palabra, la civilizacion universal para vencedores y vencidos, y la igualdad entre señores y siervos, entre pobres y ricos, entre reyes y vasallos, realizándose de este modo la fraternidad universal.

Todas las conquistas de la antigua civilizacion se reducian á dar franquicias á la raza dominadora; pero la religion del Crucificado engendra la igualdad. Por ella todos los hombres somos hermanos; la esclavitud desaparece de la haz de la tierra, toda vez que prepara el reinado de la libertad, y aun cuando esta bella y prodigiosa conquista tarde muchos siglos en realizarse por completo, siempre resultará que procede de aquel período, de aquella Edad Media que hasta hace muy poco tan injustamente se habia calificado, relegando al olvido su importante estudio.

La filosofia de la historia presta hoy, á no dudarlo, importantísimos servicios para el esclarecimiento de los hechos; pero, sobre todo, su verdadera mision es la de poner de manifiesto la importancia de los sucesos pasados con relacion á los presentes, haciendo que entre unos y otros no haya solucion de continuidad, y que se enlacen en la historia como se enlazan en la marcha del mundo.

«La hoja del árbol no se mueve sin la voluntad de Dios,» dice la Escritura. ¿Cómo, pues, habia de ser posible que sucesos de tal importancia como los que se realizaron durante el largo período de diez siglos que abarca la Edad Media fueran hechos aislados, y sin otra importancia que la relativa á la época en que se verificaron? Suponer esto seria tanto como suponer que la marcha de la humanidad y la vida moral de los pueblos no estaban sujetos á una voluntad superior, y que se regian al acaso y por el solo poder de la casualidad. Mas

siendo así que nada de esto puede suceder, porque no es lógico ni natural que suceda, porque el hombre no nace, ni vive, ni muere al acaso, sino que trae una misión que llenar, un deber que cumplir, y un fin al que debe dirigirse, claro está que la reunión de los hombres y de las cosas, el conjunto de todas esas entidades que forman el mundo físico y el mundo moral, no marchan tampoco al acaso y sin rumbo fijo, sino que caminan guiadas por la potente mano de la Providencia suprema al fin para que fueron creadas y hacia la meta marcada por el dedo de Dios, que es el perfeccionamiento. Ahora bien: si esto es así, ¿cómo era posible que los sucesos, ya adversos, ya prósperos, ya terribles, que se efectuaron después de la invasión de los bárbaros y de la aparición del cristianismo fueran hechos aislados? ¿Cómo, pues, continuaríamos hoy, sin notoria injusticia, denominando siglos nulos á los que abraza la Edad Media? Ni en el orden moral ni en el orden material es ya posible esta clasificación. Los sucesos se encadenan de una manera tan estrecha entre lo pasado, lo presente y lo porvenir, que en todas ellas se descubren los pasos dados por la humanidad en su marcha progresiva, de lo que resulta la armonía entre los efectos y las causas, y el fin con los medios, las partes con el todo. Así, pues, al estudiar la Edad Media para juzgarla, no deben considerarse aisladamente, ni sus bellezas, ni sus defectos, sino con relación á las épocas que la precedieron y á las que á su vez sirvieron de preparación. Ni deben asustar los crímenes que se cometieron entonces, ni entusiasmar las virtudes que se cultivaron, sino mirando unos y otros como consecuencia precisa de los acontecimientos que acababan de realizarse, y de los que se preparaban para el porvenir. Unicamente de esta manera podrá hacerse cumplida justicia á la *Edad Media*, ya que nos estamos aprovechando de sus descubrimientos, de sus inventos, de las libertades que preparó, de las leyes, inmunidades y franquicias que estableció y de los gérmenes del progreso que arrancó de las ruinas del viejo mundo y de las pasadas civilizaciones, vigorizándolas con la rica savia de las rudas naturalezas de sus héroes, con la sangre de sus mártires, y con la fé y el honor de sus caballeros.

SOFIA TARTILAN.

EL AMOR EN LA NATURALEZA ⁽¹⁾

Donde hay una relacion de simpatía cualquiera, una ley de atraccion que tienda á fusionar dos séres, una fuerza misteriosa que lleve los unos á los otros, allí hay amor.

Por el amor abren las flores el perfumado cáliz y se inclinan unas hácia otras, juntándose en prolongado beso. Él presta risueños tintes á la aurora, melancólicos y dulces matices al crepúsculo vespertino, tibios resplandores á la luna, calor, luz y electricidad al sol. Si la luciérnaga brilla misteriosa entre la yerba, por él brilla; si el ruisenñor canta, llenando de armonías los bosques, durante las noches primaverales, por él canta. Por él viven y alientan esas invisibles nubes de animalillos microscópicos que pueblan el aire. ¿Quién sino el amor preside las dulces escenas, casi siempre ocultas á la investigadora mirada del hombre, que se cumplen en la más recóndita gruta, en la más pequeña rama, igualmente en las etéreas regiones del espacio que en los profundos abismos de los mares, así en la pequeña madriguera del insecto como en la empinada roca donde el águila fabrica su nido? A su influjo, la apenas perceptible larva se torna en crisálida y ninfa, desplegando más tarde en sus ténues alas todo un mundo de luz y de colores. Él inspira á la alondra sus dulces cantares, á la tórtola sus quejumbrosos arrullos, al palomo sus coquetones galanteos. ¿Por qué van los rios al mar? ¿Por qué los mares mueven sus inmensas ondas azules en continuo flujo y reflujo? El amor da sus matices á los labios de la hechicera vírgen, perfuma su aliento, presta inefable dulzura á las notas de su garganta y arrebatadora elocuencia á los suspiros de su pecho. Sin él desaparecería de los ojos de la jóven madre aquella

(1) Sirve de introduccion á un libro titulado *Filosofía del amor*, que en breve se dará á la estampa por nuestro querido amigo el ilustrado escritor D. Santiago Lopez Moreno.

inefable mirada de ternura que tiene, como el sol, fuerza vivificante y creadora; este planeta quedára convertido en un árido desierto sin cunas ni sepulcros; apagaríanse los vagos y fugitivos resplandores que, como un destello del infinito, nos mandan las estrellas, y esas soberbias constelaciones, que majestuosamente bogan en ineluctable concierto por el éther; caerían en el abismo del no sér, quedando sumidas en el inconcebible cáos de la nada.

El amor acalla los primeros lamentos del niño y recoge la postrera lágrima que el anciano vierte al borde ya del sepulcro. El amor es la ley universal de la vida; es la vida misma. Placeres y alegrías, ilusiones y recuerdos, temores y esperanzas, amargura y desesperacion, todas las pasiones surgen de él como de fuente viva é inagotable. Sin la atraccion universal no se concibe el mundo de la materia; sin el amor no se concibe el mundo del espíritu. Y el amor tiene tambien sus leyes fijas como los ástros en sus movimientos. Si no se han determinado con toda precision y exactitud esas leyes, tal vez sea porque en el mundo de los espíritus no cabe la verdad matemática, ó quizá porque el amor no ha tenido, como la astronomía, un Newton ó un Kleper.

Para descubrirlas fuera preciso remontarse al origen de los mundos; abismarse en el caótico piélago de la creacion, rasgar las densas nubes de la materia cósmica, y á través de ellas buscar el venero de la vida, la razon suprema del sér, la fuerza impulsiva en cuya virtud todo lo creado tiende á perpetuarse y á reproducirse: Dios.

¡Dios! ¿Qué importa que el ciego positivismo le niegue, que el panteismo racionalista le desconozca, que el fanatismo religioso le desnaturalice? Darwin podrá demostrar que las formas orgánicas existentes son modificaciones de otras formas antiguas; que las especies que hoy existen no han existido siempre de igual manera, sino que han venido pasando por infinita série de trasformaciones hasta llegar á los tipos superiores desde los más ínfimos y rudimentarios; que esto se debe á la *seleccion natural en la lucha para la vida*: lo que no podrá demostrar es que, aun así, la ley que preside á ese desenvolvimiento gradual y progresivo no sea una ley de inteligencia, una ley de amor, independiente de los mismos séres que

la cumplen y superior á ellos; lo que no podrá demostrar es, que desde el *monas* de Müller ó el *proteus* de Linneo, animales casi invisibles, hasta el *megaceros* ó el *elephas primigenius*, animales gigantescos, cuyas especies han desaparecido de la superficie de la tierra, y el hombre mismo, no hayan obedecido en su reproduccion y desarrollo á esa ley misteriosa que se asienta sobre la diferencia de sexos, sobre la diversidad de aptitudes, sobre la oposicion de condiciones, resolviéndolas en leyes de unidad y de armonía; que esa fuerza, en cuya virtud son arrastrados los unos á los otros séres, dándose igualmente en todos, dependa en absoluto de cada uno de ellos, sin que sea preciso ir á buscarla en un nuevo *Sér* superior á los demás, causa y origen por el amor tambien de todos ellos.

Los filósofos panteo-racionalistas intentarán en vano convencernos de que lo que es ha sido siempre y por su propia esencia, bien que en Dios, por Dios, y bajo Dios. Es preciso separar á Dios de los demás séres, de lo contrario deja de ser Dios; es preciso determinar y explicar cómo los demás séres proceden de él, sin participar de su esencia, cómo viven en él y por él sin confundirse; es preciso explicar cómo se dá lo relativo fuera de lo absoluto, cómo puede concebirse la existencia de lo finito sin formar como una parte de lo infinito; en una palabra, es preciso determinar si todo lo que es procede de él, ha sido creado por él, en la eternidad ó en el tiempo, y si la causa impulsiva de esta creacion fué del mismo orden que la causa impulsiva que lleva á los demás séres á reproducirse.

Dios, produciendo en la eternidad los mundos por la combinacion y atraccion respectiva de la inteligencia y de la omnipotencia, mediante el soplo de su soberana voluntad, es decir, mediante el soplo del amor; este mismo Dios, recreándose en su obra ni más ni ménos que un artífice cualquiera en la suya propia, amándola con entrañable amor, á la manera que el hombre á sus hijos, pero en grado infinitamente más intenso, comunicando á todos los séres parte de su virtud creadora mediante las mismas leyes, esto es, mediante las leyes del amor, es la concepcion más grande de la mente humana, es la idea más sublime que se ofrece á la admiracion del hombre en esta vida.

Quítese algo de ese amor, enciérrese en pequeños y mezqui-

nos límites, buscando la justicia donde solo existe la crueldad, la misericordia donde solo odio se respira; sepárese al Creador de las criaturas por la infraccion supuesta de livianas prohibiciones; limitense, de cualquier modo, las leyes universales de la produccion y de la reproduccion de los séres, alterándolas en su esencia, desconociéndolas en sus más fundamentales principios, y la obra de Dios, ya que no menguada, resultará mezuquina en el fondo del pensamiento humano.

Dios: hé aqui la fuente viva de todo amor; la causa suprema que preside á todas las determinaciones de los séres finitos, desde aquellas que se cumplen fatal y ciegamente por parte de los séres que las realizan, hasta aquellas otras que se efectivizan mediante la sublime ley de la libertad, esto es, como Dios mismo causa las suyas.

Pero el amor no es solo determinacion ciega é instintiva, no es causa inconsciente, sino al revés, inmediato fruto de la inteligencia y de la libertad. Solo pueden amar los séres libres, solo pueden amar los séres inteligentes: Dios y el hombre. La fuerza impulsiva que lleva á los animales y á las plantas á reproducirse, que aproxima los unos á los otros, confundiendo sus órganos sexuales, que establece entre ellos ciertas relaciones semejantes á las cumplidas por los séres libres, es ciega en ellos, bien que sea inteligente en Dios: en el bruto es instinto, en el vegetal fuerza impulsiva, pero en el orden de la Providencia es amor.

El acto de la produccion en Dios mediante el amor se halla destituido de todo placer material, como que es un sér simplísimimo, espíritu puro. El placer de la produccion y de la reproduccion del sér racional compuesto de cuerpo y alma, elementos que se dan ó determinan en la unidad superior, hombre, nunca es puramente espiritual ni puramente material. Por muy envilecido que se halle el hombre, nunca se rebaja á la condicion de los brutos; por mucho que quiera prescindir del cuerpo en sus relaciones ideales, nunca al punto de que el cuerpo deje de tomar de algun modo parte en ellas.

El acto más noble é importante de la vida humana es el de comunicar el hombre la existencia á un semejante suyo. Apartad de ese acto cuantas preocupaciones han acumulado en su torno el fanatismo religioso; los principios de una falsa filoso-

fía que ha pretendido hallar la verdad negando la naturaleza; el grosero sensualismo, que no le concede más importancia que la de una impresion material agradable; el misticismo ascético, que le rechaza como repugnante al espíritu; despojadle de todas estas preocupaciones; no veais en él otra cosa que la fusion en uno de dos séres, mediante el amor, para completarse y producir un nuevo sér; revestidle de las augustas solemnidades de la religion, de la moral ó de la ley, y ciertamente le reconocereis su especialísima importancia.

Despues de la reproduccion, el acto más importante de la vida es el de la produccion. La idea que encarna en el espíritu y se desenvuelve en él mediante penosísimas meditaciones; la belleza en sus eternos tipos ideales ó en su realidad concreta, cuando es conocida, reciben del hombre, mediante el amor, formas determinadas, dando lugar al libro, obra de la inteligencia, al poema, al cuadro, á la estatua, á la armonía, obras de la imaginacion y del sentimiento. En todas estas manifestaciones el hombre nunca prescinde por completo del placer sensible. El sábio, igualmente que el artista, aman sus producciones, ni más ni menos que un buen padre á sus hijos. Tanta delectacion existe en el autor que oye elogiar de bellas sus obras, como en el padre que escucha alabar á sus hijos de hermosos. El padre besa á los que son pedazos de sus entrañas. El artista contempla con supremo éxtasis y en indefinible arrobamiento los que son pedazos de su alma. Así entendemos que admiraria Dante el retrato de Beatrice. No de otra suerte Murillo debió pasar horas enteras en la contemplacion de sus Vírgenes, Fidias en la adoracion de sus estatuas, Miguel Angel en la de sus maravillosos frescos.

El amor en los brutos pierde todo su carácter espiritual, y sin embargo, no puede aún decirse que se halle reducido á los estrechos límites de la materia. Es instinto, pero ¡qué instinto tan maravilloso! Unidad, fidelidad, constancia, inefable dulzura unas veces, arrebatador entusiasmo otras, solicitud en las pruebas, desesperacion en los celos, indefinible melancolía en las ausencias, tristeza profunda en la desgracia, cierta coquetería en el halago, el desdén fingido, la supuesta riña... ¿Qué otros caracteres, qué diferentes condiciones presenta el amor en lo humano?

Estudiemos la naturaleza.

El cielo está sereno: ni la más ligera ráfaga de viento mueve la hoja de un árbol; el sol comienza á descubrir su roja faz por el Oriente; no hay flor en el prado que no luzca su gota de rocío; allá en las montañas aún se divisa inmensa capa de nieve que cubre sus nunca holladas cimas, semejando la blanca toca con que las vírgenes del Señor ciñen su frente; por aquí deslízase un manso río entre dos alegres franjas de verdura, moviendo con sus aguas las ramas de los sauces y mimbreras, que las inclinan hácia sí como para acariciarle y por vivir en continua fiesta y regocijo; saltan los peces fuera de las ondas, sin duda ansiosos de saludar al rey del día, que al herir sus escamas forma mil caprichosas combinaciones de luz y de matices; en el aire innumerables parejas entonan variedad de trinos, infinidad de insectos bullen por entre la yerba; las mariposas despliegan en sus ténues alas todos los colores, desde el blanco rosa al azul Prusia, desde el naranjado al violeta, combinándolos de mil diversos modos en sus continuos escarceos, vueltas y revueltas; en el cercano soto bandadas de conejos corren y saltan del uno al otro lado; allá cruza en volador escape ligerísimo ciervo en pos de su elegante compañera; hállese cargada la atmósfera de oxígeno que absorben con avidez los pulmones al tiempo que se aspira impalpable éther, combinado con el delicioso aroma que despiden el aura seminal de las flores. Tal es el cuadro que la naturaleza brinda por do quier en esa feliz estacion del año, la primavera, consagrada á las fiestas del amor, al entusiasmo y al regocijo.

Pero este es el cuadro que ofrece á la síntesis, al primer golpe de vista, ó como si dijéramos, en conjunto. Mas ¿quién es capaz de descender al análisis y abarcar una por una todas las escenas que en el reducido espacio que la vista abarca se cumplen? Cada gota de agua es un misterio; cada flor un poema, cada trino un canto erótico, cada hoja un mundo poblado de infinitos seres, que se entregan á los inefables goces de la vida; cada pequeña gruta una alcoba nupcial, y cada nido un lecho de ilusion y amores.

SANTIAGO LOPEZ MORENO.

(Concluirá.)

EL TEATRO INGLÉS

EN LA ÉPOCA ANTERIOR Á SHAKSPEARE.

V.

La reforma de Marlow llamó grandemente la atencion, suscitó acaloradas discusiones, y durante algun tiempo estuvieron indecisos los que por aquel tiempo se dedicaban á escribir para el teatro. Pasado este primer momento, y convencidos de que la nueva forma favorecia más la exposicion aliviándola de la pesadez que en la antigua se notaba, se decidieron por ella, y autores que habian dado la primera parte de una obra empleando la antigua rima, dieron la segunda empleando el verso libre imitando al autor de *Tamerlan*. Ejemplo de esto Collier en su obra *Las tres Señoras de Lóndres*, publicada en 1584 en la antigua forma, y la segunda parte de esta obra empleando el verso libre publicada en 1590. En Shakspeare mismo podemos notar esto, pues en las obras de su primera época vemos que emplea la prosa ó la antigua rima, y más tarde, cuando sus conocimientos se hacen más extensos, cuando llega á comprender la ventaja de la reforma llevada á cabo por Marlow, se sirve de ella para todas sus obras posteriores. Al ocuparnos del *Tamerlan* hemos hecho notar el énfasis y la exageracion que en él se notaban, defectos disculpables si se atiende á que era la primera obra en la que se veia la tendencia á la innovacion, sin que quedara tiempo para depurar á ésta de los vicios que en su aparicion habia de tener, mucho más si se tiene en cuenta que, acostumbrados los autores al acompasamiento, por ligero que fuera su descuido habia de notarse y exagerarse.

Poco tardó la innovacion en deshacerse de todo lo que pudiera ser objeto de censura: los elementos que habian de constituir un dia las notables obras dramáticas con que cuenta la

literatura inglesa se iban depurando, llegando á alcanzar, aun con los mismos que aportan la reforma, un grado de perfeccion considerable.

Marlow mismo prescindia despues de su primera obra de aquella altisonancia ridicula que le censuraban todos, y en sus obras posteriores vemos que han desaparecido aquellos vicios de forma. El fondo continuó siendo constituido por los horrores y crueldades de que ya en *Tamerlan* habia hecho alarde. Fácil le habia de ser, como lo seria para cualquier autor, cambiar algunos detalles de forma, dejar de emplear aquello por que era ridiculizado, pero en manera alguna pudo prescindir de que las obras que escribia fueran en su fondo manifestaciones de aquel espíritu violento, de aquel alma ardiente y extraviada que solo se complacia con lo funesto y terrible, de aquel cerebro agitado de continuo por ideas que encontraban gérmen en una desgracia, se desarrollaban con un crimen y llegaban á su plenitud con una catástrofe.

El espíritu de Marlow, como el de otros muchos, llega con gusto hasta la muerte complaciéndose en las crueldades.

Despues del *Tamerlan* dió á la escena su tragedia *Eduardo II*, obra con la que demostró el gran partido que para el teatro presentaba la historia nacional, cosa que no echaron en olvido muchos autores de dramas históricos posteriores, entre ellos Shakspeare, que tuvo muy presente la tragedia que citamos cuando trazó el carácter de *Ricardo II*, en la que emplea, no solo escenas, sino detalles y frases que encontramos en Marlow.

El *Eduardo II* podemos calificarlo de historia en forma dramática, pues la accion se separa muy poco, casi nada, de lo que las crónicas refieren de aquel príncipe. A esto se debe el que las unidades sean tan poco respetadas. En cinco actos, con una terrible aglomeracion de escenas, expone el período en que reinó aquel príncipe con todos sus detalles, con todos sus incidentes, luchas, rebeliones, suplicios y muertes. Tanto nos conduce al campo de batalla como nos lleva al palacio, y al mismo tiempo vemos correr la vida del príncipe y los años de su reinado, llegando el desenlace cuando la una se acaba y los otros se extinguen.

La lucha sostenida por el rey contra la nobleza, una terrible

guerra de treinta años, la muerte de los favoritos del rey Gavestou y Spencer, los amores de la reina con Mortimer y la prision del rey. Hé aquí el fondo de la segunda obra de Marlow, que, como la primera, podemos calificarlas con Dietrich Gabbe de *crónicas poéticamente embellecidas*.

Los caractéres que en la obra se notan son todos de aquella época, por lo que puede decirse que copió del natural. Se ve en ellos á los feroces señores de la Inglaterra en aquel tiempo: nada les conmueve ni en nada se paran; llevan á cabo sus designios sin que los detenga ni el respeto que deben ni los crímenes que hayan de cometer. Gavestou, el primer favorito, muere de orden de Warwick, á pesar de haber éste prometido al rey que lo veria antes de marchar al destierro, cuya orden habia firmado el débil Eduardo obligado por aquella nobleza, con quien sostuvo una lucha que no termina hasta que el desgraciado rey es asesinado vilmente en el fétido calabozo de orden de Mortimer, amante de la reina y jefe de los barones, más y más exasperados al ver el favor que el rey concede á Spencer, su segundo favorito, igualmente odioso á todos ellos.

El lenguaje es, ni más ni ménos, el de Marlow; duro, demostrando ferocidad á cada paso. Cuando Gavestou va á morir pregunta á su asesino: «Conde infame, ¿no veré yo al rey?» A lo que le contesta Warwick: «Al del cielo tal vez lo veas, pero á otro, lo dudo.»—Cuando vencedor el rey en una batalla hace ejecutar á los asesinos de Gavestou entre los que se encuentra el conde de Lancastre, éste exclama dirigiéndose al rey: «Vale más morir, que vivir infamado bajo tal rey.»

Como vemos por el fondo de la obra y por el lenguaje, el autor es el que se manifestó ya en el *Tamerlan*, duro y feroz, si bien es cierto que en el *Eduardo II* tiene una magnífica exposicion del carácter dulce y afable del rey, así como tambien del de su hijo Eduardo III, cuyo primer acto es vengar la muerte desgraciada de su padre y hacer desterrar á su madre. Los sufrimientos morales están bien expuestos, demostrando en algunos pasajes elevados sentimientos que impresionan, sin recordarnos dolores físicos. En lo general abundan las escenas violentas, llegando á presentar al público los últimos momentos del rey, cuadro que se hace repugnante, pues llama la atencion sobre su debilidad en aquel momento, su dema-

cracion, los dolores en que se agita, y hasta el mal olor que despidе, saturado de los fétidos miasmas que del calabozo donde ha estado se desprenden.

Las obras de que hemos hecho mencion no cabe dudar en manera alguna que abundan en incidentes trágicos, que revelan genio, pero uno de esos genios que solo se complacen en lo terrible y horroroso; genios que no viven más que presentando á la sociedad cuadros horribles con los que sueñan, y que si en otra forma no lo llevan á cabo es, como ha dicho un moderno escritor, por temor á la responsabilidad criminal.

En el *Tamerlan* podemos ver el carácter del autor, en el *Eduardo II* vemos expuestos sus deseos, sus pasiones en cada uno de aquellos terribles personajes, y continuando la carrera emprendida llega al *Judio de Malta*, á cuyo lado nos atrevemos á calificar de pálidas todas las obras de que hemos hablado.

En esta obra se destaca más el carácter del autor; es una creacion suya y para nada tiene que atenerse á la historia. En sus obras anteriores habia tenido por precision que ceñirse á lo que consignado estaba, y solo habia podido exagerar y abultar algunos hechos explicando otros del modo que los sentia; pero en *El judio de Malta*, donde para nada encuentra sujecion, aquella imaginacion se revuelve, se agita y se confunde en una porcion de crímenes, que hacen dudar de si los instintos de Marlow eran los de un hombre ó los de una fiera exasperada.

Hasta 1663 se estuvo representando esta obra, que formaba parte de las del repertorio de un célebre actor. Barrabás, que es el protagonista, se indigna y principia á sentir ódio mortal para los cristianos desde que se ve desposeido por los caballeros de la órden, á los que antes se ha negado á pagar un tributo exigido á los cristianos por los turcos. A partir de esta escena no hay ninguna en la obra que no entrañe un crimen, ó una manifestacion de su ódio no se haga presente.

No perdona medio para llegar á su fin, y emplea todos los recursos que pueden sugerir en la imaginacion de un hombre perverso para vengarse: á esta idea lo sacrifica todo, hasta su propia hija, que muere envenenada con las monjas del convento donde se habia refugiado apenada por la muerte de su aman-

te, muerto en duelo con un rival que con este fin autorizaba el padre; asesina á un monje y acusa á otro de distinta orden del crimen; facilita la entrada de los turcos en la capital, y cuando se dispone á cometer otra traicion muere, siempre blasfemando y maldiciendo.

A pesar de la série de cuadros terribles que presenta, la obra carece de interés, pues bien pueden interesar las acciones de un hombre por malo que éste sea, pero causa hastio la exposicion de las de un mónstruo que desde un principio se manifiesta tal cual es, y que constantemente se alaba de haber llenado en un año las prisiones de aquellos á quienes habia causado la ruina, que ha llenado los asilos de huérfanos ó cada dia ha vuelto á uno loco ó le ha precipitado al suicidio.

Por más que en el pueblo hubiera gran aficion á lo trágico y mostrara predileccion por las acciones sangrientas, no podia en manera alguna agradar una obra en la que, prescindiendo de la primera escena, en la que desposeen al judío, y que está hecha con bastante naturalidad y acierto, todas las demás que en la obra hay rayan en lo infame. La obra toda constituye una série de repugnantes cuadros que más contribuyen al desprestigio del autor, pues nada ha hecho para contrarestar el carácter del protagonista, que se hace odioso desde el primer momento. Lo presenta desprovisto de todas las buenas condiciones, sin dejarle una, y sin justificantes suficientes para aquella série de crímenes é infamias, cosa que supo evitar Shakspeare al trazar el carácter de Shylock, pues si bien es cierto que lo presenta tambien irascible y feroz, evita al ménos que sea aborrecible por completo, como lo es Barrabás, sin querer por esto que nos inspire cariño. Shakspeare, que llega á la escena cuando el arte dramático ha adquirido un casi completo desarrollo, sabe proponerse un fin moral que es necesariamente, ó al ménos debe ser, el fin que se ha de proponer el autor dramático. Shakspeare en el siglo xvi desarrolla el pensamiento de que todos los hombres son iguales, y en *El Mercader de Venecia*, Antonio, que se olvida de esto, que desprecia al judío, que lo zahiere, justifica un tanto la ferocidad de Shylock, en el cual, más que al hombre, parece haber querido pintar el gran dramaturgo á la raza hebrea sin tocar en la exageracion, como sucedió á Lessing en su *Natan el Sábio*, el

cual hace superior á Saladino, el mejor de los musulmanes, y mejor que al templario Conrado, el más bueno de los cristianos de Oriente.

La obra capital de Marlow y la que más atencion merece es la titulada *Vida y muerte del Doctor Fausto*.—Embotados los cerebros durante el largo período de la Edad Media, habian de ser bruscas é inesplicables para ellos cada una de las grandes impresiones del Renacimiento. Acostumbrados á las tinieblas que lo invadian todo, habia necesariamente de lastimar su vista y no podian en manera alguna despertar en su conciencia otra cosa que no fueran explicaciones sobrenaturales donde un principal papel habia de jugar el demonio, uno de los términos principales del dualismo que se nota en las doctrinas de aquel tiempo.

Cada una y todas las grandes invenciones, todos los notables descubrimientos dieron lugar á extrañas leyendas, una de las cuales hizo sugerir en la mente de Marlow el pensamiento de su obra. Al aparecer la Moderna Edad, muchos de los principios que se manifestaban estaban en abierta oposicion con los manifestados en edades anteriores, y en esta lucha aparece aquel doctor Fausto que, ansiando verlo todo y saberlo todo, vende su alma al demonio. El Fausto que une con su amor á la moderna edad el entusiasmo por la pasada, el Fausto que anhela conocer el porvenir y ver lo que se ha dado y dará en la oscura noche de los tiempos, es el Fausto humanidad; pero tan grandiosa idea no se dá en Marlow. Cuando éste vive por más que su genio fuera grande, por más que sintiera en su pecho las más extrañas aspiraciones, no podemos suponer que se propusiera en el desarrollo de su obra exponer la union de lo presente con lo pasado, de lo pasado y lo presente con lo porvenir. Esto hubiera sido dar un nuevo carácter á la leyenda, hacerla un mito, cuya explicacion real entrañara aquel viejo impresor que nadie podia explicarse cómo multiplicaba sus biblias; hubiera sido encarnar en el ciudadano de Maguncia la humanidad entera y hacerle desear desde aquel tiempo todo lo que hoy ansía. Esto tal vez lo haya hecho Goethe; tal vez, y aun sin tal vez, el ilustre panteista haya en esta parte de la humanidad revelado las aspiraciones del todo; tal vez Goethe haya manifestado sus deseos, no por ambicion propia,

sino por la humanidad toda, idea hermosa y grande que se revela muy posteriormente al poeta inglés y nos hace pensar en todos al pensar en nosotros.

En esto es, á nuestro humilde parecer, en lo que consiste la originalidad del poeta de Weinmar: en la encarnacion que ha hecho en el viejo Fausto de la humanidad entera.

Es tan grande el respeto que nos inspira el poeta aleman, que con temor hacemos la anterior declaracion, y con miedo nos atrevemos á afirmar que tal vez se haya limitado á poner más de relieve una idea que apuntara Marlow, siéndole para ello necesario cambiar los caracteres y dar un desenlace que concordara fielmente con sus ideas.

El fondo de la obra puede ser el mismo, solo la diferencia de estar el uno conforme con las ideas de los últimos tiempos de la Edad Media, y otro con las del que por ménos permaneció impassible durante la persecucion del ilustre Fichte.

La grandeza de lo que podemos llamar segunda encarnacion del Fausto es tal vez cuestion del tiempo en que ha tenido efecto: cuando esto ha tenido lugar, la conciencia podia volar libre, podia extenderse á todas las regiones; las ideas eran completas, el desenvolvimiento de las teorías considerable era una edad en que se reflejaba el considerable adelanto á que dá lugar el trascurso de muchos años; cabia una explicacion más lata, al mismo tiempo que mayores aspiraciones; la coaccion de ciertos poderes habia desaparecido con la Reforma, y un pensamiento grande, inmenso como el de Goethe no causaba espanto, pues ya los cerebros se habian acostumbrado á las fuertes y poderosas luces que hacia tiempo brillaban.

Marlow, por el contrario, sentia la coaccion de los que jamás hubieran llegado á concebir la idea de la humanidad en lo que es; experimentaba las trabas propias del tiempo en que vivia, en que todas las grandes ideas se mostraban en los albores; en la exposicion de la obra, en el desarrollo, en cada una de sus escenas el público no podia separar su entendimiento de aquello que veia; su imaginacion preocupada no podia ver las metamorfosis de un espíritu, aunque tal vez fuera éste el pensamiento del autor, que no lo sabemos, y veia solo el cambio del hombre, gracias á su perversidad que le lleva hasta el extremo de entregar su alma al demonio. Muchas de aquellas esce-

nas las veía el público perseguir en la vida práctica, pues no eran pocos los procesos que los tribunales de aquel tiempo incoaban por magia y hechicería, en los cuales el que habia de morir en la hoguera habia en un principio celebrado un pacto con Satanás, pacto que, como en la escena del Fausto, habia firmado con la sangre de sus venas.

Las creencias del autor robustecidas con las creencias de la época, hé aquí el Fausto de Marlow: las creencias del autor y las aspiraciones de la ciencia, hé aquí el Fausto de Goethe.

De aquí el carácter, el lenguaje y el fin de los personajes: el Mefistófeles de Marlow, es el demonio de la Edad Media; el Mefistófeles de Goethe es un diablo volteriano: el primero es grave calculista, no descuida un punto sus medios, y al terminar los veinticuatro años Fausto irremisiblemente vá al infierno. Hé aquí más marcadas las tenebrosas ideas de la Edad Media. El de Goethe no ha podido tener igual fin, y la segunda encarnacion de la humanidad realizando sus deseos se salva.

Marlow al exponer lo hace casi convencido, y por esto fué objeto de censuras y persecuciones: Marlow revela las aspiraciones de su alma, sin cuidarse de que sea el alma toda, que es lo que hace Goethe, siendo esto lo que nos lleva á sentar una capital distincion: en Marlow como en Goethe hay un espíritu, el fondo de las dos obras podemos decir que es comun; pero el de una es particular, individual, en tanto que la otra tiende á ser general, universal.

El interés dramático no falta, notándose que abunda en esta obra, mucho más que en las demás del mismo autor, el sentimiento patético, pudiendo citarse como ejemplo, no ya en la misma obra, sino de todas las demás conocidas hasta entonces, la escena en que se manifiesta el arrepentimiento de Fausto y su ansiedad al ver próxima la terminacion del fatal plazo (1), escena llena de sentimiento y de verdad, donde se revela de un modo notable el talento del autor y las dotes que para el género á que se habia dedicado poseía.

Los caracteres que en la obra llaman la atencion son los de Fausto y Mefistófeles, perfectamente sostenidos desde el principio hasta el fin: no sucedo lo mismo con el de Wagner, que

(1) Penúltima del último acto.

no pocas veces contribuye á descomponer el cuadro (1) pues mezcla con facilidad el género cómico con lo trágico que constituye la obra.

En el desarrollo, Marlow no se ha atendido para nada á los preceptos de los clásicos; ha unido escena á escena sin hacer divisiones entre ellas ni entre los actos, sino indicando las variaciones de lugar que en la obra son necesarias. En modernas ediciones se ha establecido una division que podemos calificar de caprichosa, pues se ha tenido que hacer con arreglo á las condiciones materiales que el moderno teatro exigia para ponerla en escena, afirmándonos en ello el que en ninguna de las cinco ediciones que del Fausto de Marlow se hicieron en el siglo xvii se encuentra dividido, y si solo la inclinacion de lugar como dejamos apuntado.

Esta obra fué la que más llamó la atencion sobre el autor y la que más hizo despertar el odio que se le tenia por su conducta y carácter: hoy es tambien la que más nos revela el genio dramático del autor que en el siglo xvi se atreve á desarrollar una idea que encarna uno de los más grandes principios que en la misma forma llegó á desenvolver por completo el ilustre Goethe.

Escusado es decir que Marlow ejerció gran influencia sobre autores posteriores, cuando ya en algunos pasajes le hemos visto influir notablemente en el que más supo elevar el arte dramático en Inglaterra.

Continuaremos ocupándonos de los autores posteriores que imitaron al desgraciado Marlow, determinando luego la influencia del drama romántico antes de tratar de Ben Fouson, el ilustre rival y contrario de Shakspeare.

A. FERNANDEZ MERINO.

(1) Primera parte en Wittemberg. Escena en casa de Fausto.

DESDE VAD-RAS Á SEVILLA

Los amantes de la buena lectura saborean en estos días un bellissimo libro que ha publicado nuestro querido amigo el discreto y elegante escritor D. José Navarrete. Antes de imprimirse esta obra tuvimos la satisfaccion de dar á conocer á los lectores de la REVISTA DE ANDALUCIA uno de los capítulos que forman las delicadas *Acuarelas de la campaña de Africa*.

Hoy que el libro circula profusamente y que es aplaudido por el público, que ha formado ya sobre la obra honroso juicio, omitiendo el nuestro concretámonos á publicar dos notables cartas que seguramente han de proporcionar deliciosos instantes á nuestros abonados, y que han sido escritas por dos de nuestros más estimadísimos amigos: una de ellas, del sentido poeta D. Antonio Fernandez Grilo, aparece como prólogo á la cabeza de las *Acuarelas*; la otra, escrita despues, es la felicitacion cariñosa que el ilustre voluntario y poético cronista de la campaña de Africa, D. Pedro Antonio de Alarcon, envia á su compañero de fatigas y glorias en aquellas memorables jornadas.

Despues de tan autorizadas opiniones, ¿qué podriamos decir nosotros en honor del libro de Navarrete? Nada. Por eso reproducimos y callamos.

Hé aquí el prólogo del inspirado Grilo:

♦Sr. D. José Navarrete.

Mi querido Pepe: Muchísimas gracias por tu galante atencion al enviarme las pruebas de tus *Acuarelas de la campaña de Africa*. ¡Viva el libro! No esperaba ciertamente una sorpresa tan agradable como la que acabas de proporcionar á mi alma con este mimado

fruto de tu gallarda pluma. Yo he visto, como dijo el gran Quintana, al hijo maravilloso de tu alta inteligencia

«Levantarse, crecer, tocar las nubes.»

Apenas te proponías escribir uno de esos artículos que alcanzan sólo al estéril privilegio de vivir un día en la memoria de las gentes desde las columnas de una publicación literaria; apenas habías intentado traspasar los metódicos límites de las cuartillas de reglamento para recoger los *diez durillos* de ordenanza ofrecidos (y gracias) á los que como tú ya han hecho de su nombre su galardón más recomendable; apenas habías contado, en fin, con dar un *paso más* en *aquello* que tan sin importancia me leiste, y bien recordarás mis palabras al darte el más entusiasta de los plácemes: *¿Por qué no haces un libro y por qué no lo bautizas á la par con el nombre de Acuarelas de la campaña de Africa?* ¡Viva el libro! vuelvo á gritarte desde lo más íntimo de mi corazón al recibir las *pruebas* que llegan á mis manos y que van á saborear en breve, en un precioso volumen, todos los amantes de la literatura patria!!!

Bien sabes que nadie como yo ha rendido jamás un culto tan respetuoso al gigantesco ingenio de nuestro inmortal Pedro Antonio de Alarcon, poeta por excelencia, y literato como pocos. Cantor privilegiado y cronista guerrero de aquella gloriosísima campaña, nadie como él pintó tan magistralmente las peripecias de la jornada, á la que yo tambien asistí con él y contigo, *voluntario* tenaz é implacable de vuestras envidiadas plumas. El libro de Alarcon es la crónica romántica de aquella lucha, escrita de mano maestra, como lo escribe todo ese mónstruo de ingenio y de inspiración á quien admira España entera. Tu libro es la historia de sucesos diversos; de aventuras de viaje; de recuerdos de amistades que pasaron; de amores que se desvanecieron; de voces amigas que dejaron de vibrar para siempre en tus oídos, y que evocadas por tu fantasía en aquellas costas enemigas, lejos de la patria, las reunes en las páginas de un libro como reliquias de un corazón que van á refugiarse en el santuario de todas las almas buenas. Hay otra diferencia notable además entre la obra del autor de *El sombrero de tres picos* y la que tú publicas en estos momentos. Tú te has embelesado muchas veces con la *Historia de un testigo de la guerra de Africa*, y estoy seguro que Alarcon leerá tus *Acuarelas* con verdadero entusiasmo. Si tu libro tuviera la índole del suyo, Alarcon no podría aplaudirse á sí propio regocijándose con lo que has escrito tú. Y es que tu obra es una cosa completamente distinta.

Todo lo que de negro, de implacable, de siniestro y de avasalla-

dor esconde la discordia en sus entrañas de fiera, está dulcificado en las inimitables páginas de este libro. Aquí la muerte está rozando á cada momento su guadaña sombría con las alas blancas de la paz benigna y consoladora. Tu pluma es el aura bendita que orea la sangre, que enjuga las lágrimas ó abre las puertas de una patria mejor al último suspiro del gladiador postrado. Tu libro es el libro de la paz, de las ofrendas piadosas, de los sentimientos más sublimes y de los arranques heroicos y espontáneos. La batería de cohetes, á la cual tan gloriosamente pertenecias, encontrará en tu obra la apoteosis eterna de su valor, de sus triunfos y de su misericordia. Allí no eres ni el jefe ni el soldado; allí no eres más que el poeta Pepe Navarrete.

La actividad; la vida del campamento; los amores de Saida y de Genaro; la noche de Vad-Ras; los pensamientos y las ternuras á tu santa madre; el recuerdo á Rota; las viñas y los cortijos andaluces; aquellos patios con toldo; aquellos amores; aquellas gitanas; aquellos ojos, llenos de luz los unos y melancólicos los otros como las caídas de aquellas tardes; todo esto palpita delante de mí, á la vuelta de esta hoja, á la página siguiente. No quiero recargar de tintas este cuadro, porque pudiera cegarme lo mucho que te quiero. Avance un poco más el lector y quedará verdaderamente sorprendido.

Los retratos de María de los Angeles, de Saida, Nur y Kamar parecen hechos por la luz en frente de los espejos. Todos hablan, todos respiran. Se presentan como llevados de la mano, y siempre son los mismos. Tu *héroe anónimo*, tu soldado muerto, siempre estará tendido al borde de aquella gruta que hubiera envidiado la paleta de un pintor de talento.

Tu modesto caudillo quedará en la memoria de otros soldados. embellecido con aquella poética rama de laurel que desde la roca baja á su cabeza y que se valancea al soplo del viento como se valancean las hojas, y juegan las aguas y flota el ambiente en el Patio de los Arrayanes, de Granada, pintado por Fortuny.

Allí arrancará eternamente lágrimas á todos los ojos que le contemplen; allí pensarán todas las madres en la madre de aquel mártir; allí aplaudiremos todos tu fantasía maravillosa y tu gran corazón.

Ultima palabra. Antes de darte el abrazo que te preparo por el feliz término de tus *Acuarelas*, concluiré diciéndote que tu libro acerca de la campaña de Africa lo bendecirán, como vulgarmente se dice, *moros y cristianos*.—A. F. Grilo.*

La carta de nuestro ilustrado colaborador y amigo el discreto autor de *El sombrero de tres picos* y *El Escándalo*, dice así:

«Sr. D. José Navarrete.

Mi estimado amigo y dueño: Hace tiempo que leí en un número de *El Cronista* las generosas palabras que me dedicó Vd. al comenzar su obra titulada *De Vad-Ras á Sevilla*, así como la lisonjera mencion que allí hizo de mi *Diario de un testigo de la guerra de Africa*. Además, nuestro gran poeta Antonio Grilo (cariñoso negociador de esta especie de amistad que ya nos une á Vd. y á mí, cuando todavía no nos conocemos de vista) me ha leído algunas cartas en que, hablándole de mi persona y escritos, da usted nuevas pruebas de la indulgente simpatía con que me honra.

Reconocido á tantas mercedes, aguardaba con ansia su regreso de Vd. á Madrid para expresarle mi agradecimiento; pero publicada en tomo la ya citada obra de Vd. *De Vad-Ras á Sevilla*, y habiéndomela leído hoy de un tiron (pues empezada su lectura fuerza es proseguirla hasta terminar), no puedo diferir ni un solo instante el significarle á Vd. las vivas emociones que ha producido en mi ánimo, así como la alegría que siento al considerar que pronto, muy pronto, estrecharé la noble mano que ha escrito unas páginas tan ricas de amor patrio, tan tiernas y sentidas unas veces, otras tan enérgicas y marciales, y siempre llenas de fuego, de gracia, de originalidad y de puro genio castellano... con sus ribetes y hasta sus alamares andaluces.

Leyéndolo á Vd. he visto de nuevo á Tetuan; he tornado á recorrer los bosques de naranjos de sus huertas, salpicados de sangre cristiana y mora en aquella histórica tarde del 4 de Febrero, cuya luz no se extinguirá nunca; he oído otra vez, al cabo de tantos años, la *diana de campaña* que me despertó durante los cien días más grandes y bellos de mi vida; he sentido nostalgia de la tienda, hambre del rancho, sed del aguardiente de la cantinera; he pensado si mi pobre caballo acabaría su honrosa historia en una plaza de toros, entre los silbidos de la muchedumbre; he diviso á lo lejos, en los horizontes de mi pasada juventud, ojos negros de moras y judías como las que Vd. describe en su obra; he vuelto á tener veinticinco años; he vuelto á ser soldado de la patria; he vuelto á cantar las glorias de aquel gran ejército que luchaba y vencía, no en contienda civil, sino en guerra extranjera; he vuelto á ver á O'Donnell, al gran repúblico, al gran caudillo, al *gran cristiano*, como le llamaban los moros; y á Prim, y á don Diego de los Ríos, y á Turon, y á D. Félix Alcalá Galiano, y al general García, todos muertos hoy, pero todos inolvidables por

sus hazañas de Africa; y dicho se está que tambien me ha parecido volver á ver, entre las gentes y las cosas que aún existen, aquella *Bateria de cohetes* de que Vd. formaba parte y que, si ya no hubiese de pasar á la posteridad por sus proezas contra los marroquíes, pasaria de todos modos por haber dado asunto á un libro tan interesante como *De Vad-Ras á Sevilla*.

Tal es, en resúmen, el efecto que me han causado las que usted llama *Acuarelas* y que son muchas veces grandiosas pinturas murales en que palpita la epopeya que tuvimos la fortuna de presentarle hace diez y siete años.—Venga Vd. pronto, mi querido Navarrete, para que sigamos hablando de aquellos hermosos dias; venga usted y echaremos al aire algunas de estas canas que no teniamos entonces, pero cuya nieve, segun veo, no ha enfriado todavía su corazon de Vd., como tampoco ha enfriado el mio; venga Vd. á que departamos, no solamente de cosas de espada y cosas de pluma, sino tambien de otro arte en que, segun dice Grilo, es usted todo un capitan general, y en que yo no me creo ningun recluta; venga Vd., en fin, para que tenga el gusto de abrazarlo de una vez para siempre su antiguo camarada de armas, actual camarada de letras y futuro camarada de las fatigas de la vejez,—*P. A. de Alarcon.*»

¿Puede decirse algo más ingenioso, más cortés y más expresivo? Sí. Y nosotros, en uno de esos francos y alegres almuerzos con que el Sr. Navarrete obsequia frecuentemente á sus amigos, tuvimos la fortuna de oirlo hace muy pocos dias de labios del mismo Sr. Alarcon, que, cumpliendo el ofrecimiento hecho al camarada, acudió á dar el prometido abrazo y á brindar en poéticas frases la memoria de los héroes que al caer por España reposan en ignorada sepultura al otro lado del Estrecho.

En esta fraternal reunion, que duró largas horas, y á la que asistieron los poetas Grilo, Vela-Hidalgo, Campillo y el pintor D. Jacobo Guijarro, se dedicaron patrióticos recuerdos á los sufridos soldados españoles, volviendo todos la vista con cariño á aquellos dias que, si fueron de prueba y de sufrimiento, tambien proporcionaron laureles y regocijos á la patria.

Despues de hablarse de armas y de ciencias, de arte y de poesia con el calor propio de las imaginaciones andaluzas, pues casi todos los reunidos éramos paisanos; despues de recitarse magníficas poesías, entre ellas una inspirada leyenda fantás-

tica del Sr. Alarcon, que con éxito extraordinario se acaba de publicar, extendióse éste en largas consideraciones acerca de la obra del Sr. Navarrete, repitiendo cuanto en su carta habia dicho, y afirmando que el libro *Desde Vad-Ras á Sevilla* ha conquistado á nuestro amigo un puesto entre nuestros primeros novelistas.

Las autorizadas palabras del Sr. Alarcon, que tiene fama de imparcial y de severo en sus apreciaciones, es el más acabado juicio que podemos ofrecer á nuestros lectores al estudiar las *Acuarelas de la campaña de Africa*.

ANTONIO LUIS CARRION.

LA NIÑA Y EL AVE

APÓLOGO

En la márgen del claro arroyuelo
sentada la niña,
su pié blanco bañaba en las ondas
con triste sonrisa.
Y posando en las ramas su vuelo
parlera avecilla,
—«Guarda, dice, no enturbies aleve
la plácida linfa,
que su gozo, al mirarse en su espejo,
al cielo le quitas.»
—«No te duela, no, el ver la onda túrbida,
responde la niña,
porque pronto, muy pronto se aclara
la túrbida linfa.
Mas ¿por qué, cuando al lado del jóven
que amor me fingia,
inocente me viste, no osaste
decirle benigna?
*¡no enturbies, no enturbies el alma
de la pobre niña,
que una vez enturbiada ya nunca
con nada se limpia,
ni los cielos en ella reflejan,
ni en ella se miran!»*

JUAN QUIRÓS DE LOS RÍOS.

DARWIN Y LA TEORÍA DE LA DESCENDENCIA.

SELECCION NATURAL

Hemos expuesto en el artículo anterior (1) los hechos que á la seleccion artificial se refieren, y los procedimientos que el hombre emplea para conseguir los numerosos y sorprendentes resultados que aquella produce, lo cual consideramos como antecedente necesario para entrar con seguro pié en el luminoso campo de la *seleccion natural*, que sus adversarios consideran á lo más como una pura hipótesis, y aun algunos como una conjetura arbitraria y sin fundamento. Nada, sin embargo, más inexacto y gratuito que semejante afirmacion. Las causas eficientes de las metamorfosis orgánicas, segun la teoría de la seleccion, tan brillante y científicamente desenvuelta por Darwin, no son otra cosa que esas actividades vitales que, residiendo en la constitucion química y en las propiedades físicas de la materia, se nos manifiestan en todos los organismos bajo las formas de la herencia y de la adaptacion como efecto de las funciones fisiológicas que rigen la vida entera, la nutricion y la reproduccion.

Para comprender de qué modo la seleccion natural, obrando sin plan y sin idea preconcebida, llega á producir resultados semejantes, aunque de mayor importancia en el tiempo que los de una seleccion artificial metódica, es necesario apreciar la accion recíproca de la adaptacion y la herencia, que lenta y continuamente obran sobre las formas orgánicas para modificarlas, bajo la poderosa accion de la concurrencia vital ó lucha por la existencia. Los individuos que en este combate sobreviven son, como se sabe, los que poseen una ventaja cualquiera sobre sus rivales, y siendo aquella la consecuencia de la desproporcion entre el número excesivo de gérmenes orgáni-

(1) REVISTA DE ANDALUCÍA, 10 de Marzo 1876.

cos y el limitado de los medios de existencia en la naturaleza, la produccion de nuevas especies y de todas las múltiples y variadas manifestaciones de la vida reconoce como causa eficiente la seleccion natural.

La lucha por la existencia que no solo tiene lugar entre los individuos de la misma especie, sino tambien entre cada uno de aquellos y el resto de la naturaleza, representa en la seleccion natural el mismo papel electivo que en la seleccion artificial ejerce la voluntad del hombre. Pero en tanto que ésta obra con conciencia y con arreglo á un fin determinado, la seleccion natural marcha sin plan y sin conciencia. A primera vista parece incomprensible que un procedimiento inconsciente, obrando sin plan y sin idéa directriz, pueda producir resultados semejantes á los de una seleccion artificial guiada por la concepcion anterior de un objeto dado; pero reflexionando sobre la accion recíproca y combinada de la herencia y la adaptacion bajo la influencia de la lucha por la existencia, desaparece semejante dificultad y esa especie de finalidad aparente que parece regir la seleccion natural.

Luchando constantemente entre sí los seres vivos que habitan una misma comarca, le basta á cualquiera de ellos la más ligera modificacion favorable en la organizacion ó en sus costumbres para asegurarse una ventaja sobre los demás, pudiendo determinar ésta otras modificaciones de la misma naturaleza por un espacio de tiempo tan largo cuanto sea el que continúe viviendo en las mismas condiciones y disponga de iguales medios para alimentarse y defenderse. Se comprende de este modo sin violencia alguna, que si al hombre le es posible obtener en un tiempo relativamente corto grandes resultados acumulando en una direccion dada ligeras diferencias individuales, la seleccion natural puede obrar con más facilidad con la ayuda de estas mismas diferencias, disponiendo indefinidamente del tiempo. El hombre además ejerce una accion selectiva sobre particularidades ó caracteres visibles ó exteriores, en tanto que la naturaleza obra sobre cada uno de los órganos internos, sobre la más leve é insignificante diferencia en la organizacion, así como sobre todo el mecanismo vital. Si el hombre solo atiende á su utilidad ó á su capricho, si reúne en la misma comarca los seres procedentes de diversos climas, si

no permite á los machos más vigorosos combatir por la posesion de las hembras, si no destruye todos los individuos inferiores ó ménos perfectos, conservando por el contrario todos sus productos, «la seleccion natural, en cambio, escruta diariamente—como dice Darwin (1)—y á través del mundo entero toda variacion, aun la más imperceptible, para desechar lo malo y conservar lo que es bueno, trabaja así insensiblemente y en silencio siempre y en todas partes, en el momento oportuno, en la perfeccion de cada sér organizado con relacion á sus condiciones de existencia orgánicas é inorgánicas. Ninguna de estas lentas y progresivas trasformaciones las vemos hasta que la mano del tiempo las marca con su sello midiendo el curso de las edades, y aun entonces nuestros descubrimientos á través de los inconmensurables períodos geológicos son tan incompletos, que solo vemos una cosa: que las formas vivas son diferentes hoy de lo que eran en otros tiempos.»

La seleccion ejerce tambien su poderosa accion aun sobre los séres orgánicos sometidos á domesticidad. Se observa entre los pueblos salvajes, que el corto número de animales domésticos que poseen participan tambien del mismo aspecto de sus amos y se parecen más á las especies naturales. Los carneros Leicester, que pastaban en las colinas Lamernmir, donde la débil vegetacion de esta comarca era insuficiente para conservar su fuerte constitucion, disminuyeron poco á poco, llegando á sobrevivir solamente en cada año una tercera parte de los corderos: en cambio el gallo de riña ó de combate, no solo se ha perfeccionado por la seleccion artificial, sino por una especie de seleccion natural, mediante la que los individuos más activos, más valientes y más fuertes, han destruido en los circos á sus antagonistas inferiores.

La seleccion natural ejerce su actividad sobre el conjunto del organismo, sobre cada una de sus partes, sobre caractéres ó propiedades de primer orden, así como sobre los de importancia secundaria, y su influencia se extiende lo mismo á los dos sexos que á todas las edades. Si vemos que en ciertos individuos, en el estado doméstico, se presenta alguna variacion en una de las épocas de su vida que tiende á reaparecer en sus

(1) De *l'Origine des especes par selection naturelle*.—Traduction française.—Troisième édition. Pág. 98.

descendientes á la misma edad, observamos tambien que la seleccion natural obra sobre los s eres orgánicos en el estado salvaje en las diversas épocas de su existencia por la acumulacion de variaciones favorables, manifestándose en su edad correspondiente por trasmision hereditaria. Si es favorable   una planta que sus semillas puedan ser trasportadas con más facilidad por el viento, es fácil producir   la seleccion natural esta perfeccion, como le es sencillo   un agricultor, mediante la seleccion metódica, mejorar   modificar la parte   órgano de un vegetal cualquiera, objeto de su cultivo, en la direccion que crea más conveniente.

Para comprender mejor la eficacia de la seleccion natural fijémonos, como hace Darwin, en algunos ejemplos y estos nos harán apreciar más todavía de qué modo obra aquella importantísima ley del mundo orgánico y los sorprendentes resultados que produce en las variadas formas de la vida, en el espacio y en el tiempo.

Supongamos con Darwin, una especie de lobo, que alimentándose de diversos animales, de unos se apodera por astucia, de otros por la fuerza y de algunos por agilidad; y supongamos tambien que su presa más agil, el gamo, por efecto de cualquier cambio en la comarca, haya aumentado en número,   que los otros s eres de que se alimenta hayan disminuido. Se comprende que los lobos más ágiles y que mejor puedan perseguir su presa tendrán más probabilidades que los otros de poder vivir alimentándose mejor. Sucederá lo que vemos con los lebreles domésticos, cuya ligereza aumenta mediante una seleccion metódica en este sentido, ó por una seleccion inconsciente, en tanto que cada cual emplea los medios   propósito para poseer los mejores perros, sin tener ninguna intencion de modificar la raza. En vez de suponer un cambio en el número proporcional de los animales que sirven de presa al lobo, podemos admitir que nace un lobato con una especial tendencia   perseguir   ciertos animales, y tal suposicion es tan probable, cuanto que se ve con frecuencia que algunas de nuestras razas domésticas nacen con ciertas inclinaciones innatas, como se observa en los gatos, que unos prefieren la caza de los ratones y otros la de las ratas, constituyendo un carácter hereditario. Se ve, pues, que cualquiera modificacion,

por ligera que sea, en los hábitos ó en la estructura, si es individualmente favorable á un lobo, le dará más aptitud para sobrevivir y dejar una numerosa posteridad que los otros individuos que carezcan de ella. La herencia de esta cualidad favorable transmitida á algunos de sus descendientes, y su accion repetida en el tiempo, será el origen de una nueva variedad que podrá suplantar ó sustituir á la especie madre ó coexistir con ella. Los lobos que habitan los sitios montañosos y los que frecuentan las llanuras se dedican naturalmente á perseguir distinto género de presas, resultando de la conservacion continua de los mejor adaptados á cada una de aquellas estaciones dos razas distintas. Así se ven, segun M. Piesce, en las montañas de Catskill, en los Estados-Unidos, dos razas de lobos: una de forma alargada y parecida al lebrele que ataca á los ciervos, gamos y otras especies ágiles, y otra más maziza ó pesada que prefiere los rebaños.

Entre los numerosos ejemplos que pudieran citarse lo mismo de plantas que de animales que prueban y confirman la accion lenta, pero constante, de la seleccion natural, fijémonos entre las primeras en la notable Orquídea de la isla de Madagascar, el *Angraecum sesquipedale*, cuyo largo y profundo nectario varia en longitud desde 10 á 14 pulgadas, y veamos cómo se explica tal singularidad por la teoria de la seleccion. El nectario es un órgano que existe en muchas especies vegetales y que las Orquídeas poseen generalmente, si bien entre todas en el *Angraecum sesquipedale* es donde alcanza mayor longitud. El transporte del polen de estas flores no puede verificarse sino por algunas mariposas nocturnas de gran magnitud al introducir la extremidad de su espiritrompa en el fondo del órgano donde existe el néctar de que se alimentan. Las mariposas, cuya trompa es más larga, se comprende fácilmente que se alimentarán mejor, prefiriendo las flores cuyo nectario sea más profundo y siendo éstas, por lo tanto, las mejor fecundadas; resultará de tal correlacion entre la profundidad del nectario de las plantas y la longitud de la espiritrompa de las mariposas una ventaja, tanto en las unas como en las otras, favoreciéndose mutuamente para su multiplicacion.

El hecho de la fecundacion de las flores por medio de los insectos tiene lugar, como ya sabemos, en varias especies ve-

getales, y en particular en la familia de las Orguídeas, segun lo han demostrado las concienzudas observaciones de Carlos Darwin, probando que los insectos, ávidos del néctar de estas flores, introducen su órgano de absorcion en los nectarios de aquellas, depositando sobre sus estigmas el polen que llevan adherido á su chupador y fecundándolas por consiguiente. Entre las especies de Orguídeas europeas, diferentes insectos sirven para trasportar el polen y efectuar la fecundacion, porque no es preciso exista la correlacion de longitud entre la trompa de aquellos y el nectario de las flores; pero en el *Angræcum sesquipedale* es preciso que la trompa penetre hasta su base en el fondo del largo tubo donde se encuentra el líquido azucarado que tratan de absorber. Remontándonos á la época en que el nectario tenia solo la mitad de su longitud actual, y en la que la fecundacion se verificaba mediante una especie de mariposa que aparecia en el momento de la floracion dotada de una trompa de longitud casi igual á la del nectario, veamos cómo ha debido tener lugar la trasformacion. Produciéndose anualmente millares de flores de esta especie, unas habrán alcanzado una longitud mayor que la media ordinaria, y otras habrán quedado más pequeñas; en éstas la fecundacion no puede tener lugar porque las mariposas pueden chupar todo el néctar sin necesidad de introducir su trompa hasta la base, mientras que en las más largas ha podido efectuarse aquella, porque al volar de una en otra flor llevaban adherido á aquel órgano el polen que dejaban sobre los estigmas de éstas. Consecuencia necesaria de esta diferencia ha debido ser el aumento anual de longitud del nectario, porque en tanto que las flores pequeñas han quedado estériles, las otras, por el contrario, se han multiplicado abundantemente, efecto que viene á ser el mismo que si un jardinero hubiese destruido las primeras y sembrado solo las semillas de las de mayor nectario; seleccion artificial que se emplea para modificar en la direccion deseada las flores y frutos de nuestros jardines. Segun, pues, ha ido aumentando la longitud del nectario, las mariposas de trompa ordinaria, no pudiendo chupar sino la superficie del néctar, habrán abandonado aquellas dejándolas á la explotacion de otras especies de lepidópteros, cuyo órgano de succion fuese más largo. Alimentándose estos insectos con más

abundancia, adquirirán mayor desarrollo, fecundarán mayor número de flores, y dejarán por lo tanto una posteridad más numerosa, al mismo tiempo que las flores dotadas de más largos nectarios, siendo mejor fecundadas en cada generacion aumentará este órgano en longitud al par que la espiritrompa de las respectivas mariposas.

La eficacia de la seleccion natural se nos presenta más clara y más perceptible, haciendo desaparecer la dificultad que á primera vista sus resultados efectivos nos ofrecen, si como hechos correspondientes á este procedimiento estudiamos atentamente la *seleccion de los colores* y la llamada por Darwin *seleccion sexual*, mediante las que podemos más fácilmente apreciar la accion recíproca de la herencia y la adaptacion en la concurrencia vital.

Observemos los colores que revisten ó adornan el cuerpo de muchos animales, en relacion con el medio en que viven. Numerosas especies de insectos que, como los pulgones, por ejemplo, viven sobre las hojas de diferentes especies vegetales, tienen como aquellas el color verde. Las mariposas que se posan sobre las flores matizadas de variados colores, lo están tambien en sus alas formando brillantes y caprichosos dibujos. Los animales que viven en las nevadas comarcas de las altas cordilleras ó las regiones polares, tienen el color de su pelaje blanco ó gris durante el invierno, cambiando en gris, pardo ó negruzco en el estío, adquiriendo en ambas estaciones la coloracion análoga al suelo que habitan, como el leon, las zorras, los gerbos, las gacelas, tienen el pelo amarillento ó amarillo parduzco, análogo al de las arenas de los lugares en que viven. La mayor parte de los grandes carnívoros trepan por la corteza de los árboles y tienen su pelaje manchado ú ocelado, lo cual los hace poco visibles en las selvas donde habitan, en tanto que el puma, de pelaje uniforme, tiene la costumbre de echarse sobre el vientre en la ramas, y confundiéndose con el color de la corteza de los árboles hacerse así invisible á la presa que acecha. El elegante rayado que caracteriza el pelaje del tigre, y que tan vistoso se hace en la llanura ó en la jaula, se confunde fácilmente con los tallos de los bambús y otras plantas de las selvas donde se ocultan, perdiéndose á las miradas de los animales que le sirven de presa. Los lengua-

dos y rodaballos, además de la coloracion gris ó parduzca de la cara superior de su cuerpo, por movimientos de sus aletas se la cubren en parte de arena, confundiéndose así más con el fondo de las aguas en que viven. Los animales acuáticos que habitan en la superficie de los mares, como algunos peces, las salpas, por ejemplo, entre los gusanos, gran número de crustáceos, los elios y hyaleas entre los moluscos, y la mayor parte de las llamadas en nuestras costas del Mediodía ortigas de mar y *agua congelada*, como las medusas y béroes, son azulados ó trasparantes é incoloros, en tanto que especies muy afines que viven á profundidades diferentes son coloreadas y opacas.

El carácter del color se aprecia por la generalidad, y aun por los mismos naturalistas se ha venido considerando como un accidente adventicio y superficial sin importancia ni utilidad intrínseca alguna, estimándolo más bien como medio de distraer agradablemente las miradas del hombre al fijarlas sobre todo lo que le rodea, ó aumentar la belleza de la armonía general de la naturaleza. Pero desde el momento en que estudiándolos atentamente se reflexiona sobre tales hechos, aparece la íntima relacion que existe entre éstos y muchos otros fenómenos que, regulados por leyes generales, se verifican siempre bajo la influencia de las constantes modificaciones de las condiciones externas; notando al mismo tiempo que todos los detalles de la extructura, aun al parecer los más insignificantes de los séres orgánicos, tienen por objeto esencial la conservacion del individuo, así como la de la especie. Darwin, como Wallace y todos los naturalistas de la escuela trasformista, explican esa relacion del color de los animales con el del medio en que viven por la gran utilidad que les proporciona, ya para escapar más fácilmente á la persecucion de sus enemigos, ya permitiéndoles aproximarse más fácilmente á su presa sin temor de ser percibidos. Tendrán, por consiguiente, más probabilidades de sobrevivir en la lucha por la existencia aquellos individuos cuyo color sea más parecido al del medio en que habitan, reproduciéndose en mayor número, trasmitiendo á sus sucesores esta ventaja que les ha hecho triunfar en aquella.

RAFAEL GARCÍA ALVAREZ.

(Continuad.)

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO

Hemos tenido el gusto de recibir la coleccion de documentos y textos sobre bandolerismo y secuestros que la Junta de Agricultura, Industria y Comercio de la provincia de Málaga ha dispuesto publicar en apoyo de la proposicion de ley presentada y sostenida en la sesion del Congreso de 24 de Junio del corriente año, por nuestro distinguido amigo y colaborador de esta REVISTA, D. Manuel Casado y Sanchez de Castilla, diputado por uno de los distritos de la referida capital.

El conocido escritor D. Eugenio García Ruiz, antiguo director de nuestro colega *El Pueblo Español*, se dispone á publicar una obra que titula *Historias*, y que entendemos ha de ser sumamente interesante, pues el autor, segun leemos en el prospecto que hemos recibido con el prólogo del libro, hace más de veinte años que empezó á aglomerar elementos para escribir la historia de la revolucion y de la guerra civil de los siete años.

Esta obra constará de dos tomos en cuarto, de 650 á 700 páginas. Cada tomo se dividirá para su más fácil adquisicion en tres cuadernos de 216 páginas al ménos. Se halla en prensa el cuaderno 1.º. Las suscripciones se admiten en las principales librerías de España y en la administracion de *El Pueblo*, Corredera baja, 43, al precio de 24 rs. tomo; pero no haciéndose la suscripcion antes de la publicacion del 1.º costará desde el dia que este se ponga á la venta 30 rs.

Hemos recibido un ejemplar de la pieza dramática en un acto, titulada: *Las máquinas de coser*, original de nuestro amigo D. Ceferino Tresserra.

Esta obra, ingeniosamente escrita para hacer propaganda en favor de las máquinas del Sr. Domenech Nadal, ha sido representada con aplauso en el teatro del Buen Retiro de Barcelona.

Al cerrar este *Boletin* recibimos el drama de nuestro estimado colaborador D. Luis Vidart, *Cuestion de amores*, que tan buena impresion ha causado en los amigos de la nueva escuela dramática. En el número proximo nos ocuparemos de esta produccion tan detenidamente como merece.

DIRECTOR-PROPIETARIO
ANTONIO LUIS CARRION